REDIMIRSE

COMEDIA DRAMATICA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA ORIGINAL DE

MARIANO ANSO

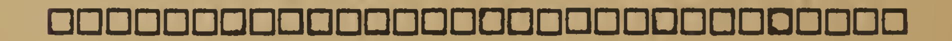


ARTES GRÁFICAS
PAMPLONA
1919

DEDICATORIA

A su queridísima abuelita Doña Petra Larralde de Ansó, le dedica su primera producción dramática

El Autor.



REDIMIRSE

COMEDIA DRAMÁTICA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA ORIGINAL DE

MARIANO ANSO

Un corazón de artista siempre sabe latir al unísono con un sentimiento.

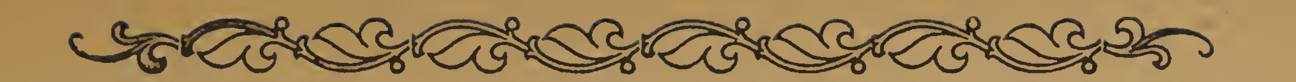
Por eso querido amigo Torrecilla le dedico confiado mi humilde producción

Mariano Ansó

ARTES GRÁFICAS
PAMPLONA
1919

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
EUGENIA, 38 años. D. Agustín le llama la ahijada, en realidad es la doncella o ama de gobierno	Concha Ruiz
AURORA, 26 años. Tiene el título de Baronesa .	Pepita Meliá
LUISA, hija de D. Agustín y hermana menor de Alfonso. Es una niña modernista, caprichosa e inquieta que contará 20 años aproximadamente.	Consuelo Pastor
MOISÉS, 15 años, viste el traje de hospiciano. .	Sta. Palencia (A)
LA MARQUESA DE CASA-BLANCA, esposa del General, 60 años. Conserva toda la dignidad de su rango	Sra. García
LA DUQUESITA	Sta. Palencia (C)
ALFONSO, 35 años.	Benito Cibrián
GERARDO, Conde de la Noguera, 35 años . . .	Salvador M. de Castro
D. AGUSTIN, 70 años, con los achaques propios de su edad.	Sr. Aragonés
RAMÓN, 52 años, Administrador, tipo raro, adorador del dinero	Sr. Benitez
PEPE RUIZ, 30 años, amigo de Alfonso desde la mocedad	Sr. Valdivieso
EL GENERAL LLOPIS, MARQUÉS DE CASA-BLANCA Militar, aristócrata arruinado, que mantiene su honor inmaculado por encima del vil interés. No obstante es un sablista contumaz; para él no tiene importancia el dinero... de los demás	Sr. Musot
EL BARÓN DE SAHAGUN	Sr. Climent
UN CRIADO	Sr. Dueñas



ACTO PRIMERO

Al levantarse el telón la escena representa un salón contiguo al de baile con el cual comunica por la puerta de la izquierda. Puerta a la derecha que supone estar en comunicación con las habitaciones particulares. Puerta en el foro. El decorado queda encomendado al buen gusto del escenógrafo. En él habrá una sillería, alguna mesita modernista y demás objetos propiamente adecuados. El salón estará bien iluminado. Es de noche. Derecha e izquierda la del actor. Se perciben las notas atenuadas de la música.

ESCENA PRIMERA

LA BARONESA, EL CONDE DE LA NOGUERA, EL BARON DE SAHAGUN Y LA DUQUESITA

EL BARON. Pues qué queréis que os diga... Yo, la verdad, que no se a qué carta quedarme.

EL CONDE. Hay que convenir en que la psicología de este D. Agustín, es complicadísima. Ya sabéis... Ya sabemos todos, que a pesar de su cuantiosa fortuna dentro de su casa no se gasta más que lo absolutamente necesario, y sin embargo, a los ojos de los invitados a esta fiesta invernal, se muestra incluso pródigo.

LA DUQUESITA. Y todavía hay otro dato que desconcierta más...

AURORA. Comprendo a que te refieres. La Religión.

EL BARON. ¡Ah!... pero es que un baile y además, tratándose de ciertas personas puede ser causa de la menor objeción, aun criticado por el más rígido moralista?

EL CONDE. Tiene razón el Barón; el suponer esto es ofendernos a nosotros mismos.

AURORA. Yo por mi parte veo la cuestión clara. Habéis conocido alguno... alguno del pueblo que, habiendo dedicado toda su vida al duro trabajo y habiendo recibido lo que a ellos se les antojan desprecios y humillaciones que para mí no significan más que la línea divisoria entre dos razas; la de esa gente inculta huraña ineducada desde la cuna (palabra que aquí vale tanto como arroyo...)

EL CONDE. Cuidado, Baronesa, que si ellos oyeran...

BARONESA. No tema; y aunque así sucediese, no se molestarían por ello... Están tan persuadidos de que eso es un hecho real, que lejos de rebelarse contra él, cuando se han hecho ricos y aún con las manos ennegrecidas por el sol y encallecidas por el trabajo, quieren hacerse nobles. Este es el caso de esta familia. Esta es la explicación sencillísima de lo que no acertabais a explicaros.

EL CONDE. Y ya que también conoce estos problemas ¿sabrá decirnos si a pesar de todo llegan alguna vez a ennoblecerse?

AURORA. El contestaros es posible que fuese un poco largo y...

EL BARON. Escuchamos con verdadera delectación. Hable V.

LA DUQUESITA. Sí. Habla, Aurora.

AURORA. Pues bien; nó, nunca llegarán a ennoblecerse; porque como siempre quedan compromisos contraídos, amistades ineludibles, afinidades con otras ramas de la familia a quienes no ha sonreído la fortuna... estos son obstáculos que no se pueden salvar. Y después de todo ¿creéis que la elevación de pensamiento, la exquisitez de sentimientos y de afectos, y la distinción, esa cualidad inexplicable que caracteriza a una raza privilegiada puede aprenderse con interés y estudio como se aprende una ciencia, o puede adquirirse con trabajo y constancia como se adquiere el dinero? Nó. Estad seguros de que nó.

EL BARON. Yó hago mía la opinión de la Baronesa. Creo igualmente que eso es algo innato que se lleva en la sangre.

EL CONDE. De modo que según sus teorías no se puede conceder al hombre lo que nadie tiene inconveniente en conceder a los animales; esto es, la convivencia... no se como decirlo precisamente, la sumisión y la fidelidad que de hombre a hombre no pueden significar más que fraternidad y cariño.

LA BARONESA. Veo que sigue Vd. siendo el Quijotesco paladín de la democracia de siempre.

EL CONDE. Baronesa...

LA BARONESA ¡Oh! nó. Si os habéis ofendido, perdonad, no fué tal mi intención.

EL CONDE. Otenderme, de ninguna manera. Según mi modo de ver, me hace Vd. una señaladísima deferencia llamándome Quijote, cuando tan pocos descendientes genuinos le quedan al ingenioso Hidalgo en esta su mercantilizada y pobre patria.

LA BARONESA. Muy bien, tanto más me alegro.

ESCENA SEGUNDA

DICHOS Y LUISA que entra por la izquierda.

LUISA. ¿Cómo, Vds. aquí?...

EL BARON. Nos cansamos del bullicio y vinimos a... *(duda un momento)* comentar la fiesta, a...

LA DUQUESITA. A descansar unos instantes.

LUISA Y ¿cómo se encuentra el salón?

EL BARON. Brillantísimo.

LUISA. ¿Y la concurrencia?

LA BARONESA. ¿Cómo ha de ser? digna de Vds.

LUISA. Muchas gracias.

EL CONDE. *(Aparte)* Imbéciles. Cobardes. Lo que en otros se les antoja fingimiento y maldad, en ellos es urbanidad y diplomacia. *(A Luisa)* ¿Y Alfonso?

LUISA. Por él vine a preguntar. Me sobresalta ya el no haberle visto en toda la noche. Perdónenle su ausencia; es así su carácter... Jamás le pudimos hacer ver el encanto de estas fiestas.

LA BARONESA. *(Dirigièndose al Barón y a la Duquesita)* Este Alfonso es el amigote inseparable del Conde.

LA DUQUESITA. Sí; un hombre extraño. Hasta hace

poco un juerguista impenitente, un descabezado... Hoy, un monje.

EL BARON. Para mí es el culpable del desquizamiento pecuniario y de ideas del Conde.

AURORA. Pero es que el Conde?...

LA DUQUESITA. No estabas enterada? *(Haciendo una seña poco aristocrática pero muy significativa)*. Ni dos pesetas...

AURORA. *(Dirigiéndose al conde pero sin que èste pueda oirle y con mucha ironía)*. Demócrata... Socialista... El día en que te despojes de tu título y des al viento tus ideas, volverás a ser rico, serás célebre y quién sabe si también llegas a ser ilustre... *(Rìe)* Tú la entiendes.

ESCENA TERCERA

DICHOS, DON AGUSTIN y EL GENERAL LLOPIS MARQUES DE CASA-BLANCA que entran por la izquierda hablando animadamente.

D. AGUSTIN. *(Deteniéndose al ver los dos grupos el uno formado por Luisa y el Conde y el otro por los demás personajes.)* Luego se va a decir que mi fiesta ha resultado desanimada. Y no será raro si la juventud, es decir, el secreto de la animación sigue tan seria reunida en cónclave sin prestarle su innegable encanto.

EL GENERAL. Tiene razón D. Agustín.

AURORA. Venimos aquí por descansar unos instantes; hablábamos ahora de volver...

D. AGUSTIN. Sí; vuelvan Vdes., todavía durará el baile...

EL GENERAL. En este instante la orquesta va a

ejecutar un Fox-trot. *(Dirigièndose a su hija).* Tú, Aurora, puedes bailarlo con esas tres figuras nuevas que te ha enseñado el Profesor.

AURORA. Volvamos. *(La orquesta dentro, ejecuta un Fox-trot.)*

LA DUQUESITA. Hasta luego... *(El Barón hace una inclinación de cabeza. Salen. Luisa y el Conde les siguen).*

D. AGUSTIN. *(Apunto de salir Luisa y el Conde).* ¿Y Alfonso?

LUISA. No se le ha visto en toda la noche.

EL CONDE. *(Queriendo disculparle).* Es posible que se haya sentido indispuesto y...

D. AGUSTIN. Es extraño... no dijo nada. *(Salen Luisa y el Conde).*

ESCENA CUARTA

D. AGUSTIN Y EL GENERAL

D. AGUSTIN. ¿Lo vé Vd? Él, que ha sido animado y bullicioso como todos los jóvenes ha trocado repentinamente ese ánimo siempre dispuesto a la risa, por un caracter austero impropio todavía de su edad.

EL GENERAL. No se apure por tal cosa, son rachas de la vida que producen la consecuencia lógica e inevitable; esto es, serenidad o abatimiento en el ánimo. *(Una pequeña pausa).* ¿No ha pensado V. en que pueda estar enamorado... no tendría nada de particular... es la edad.

D. AGUSTIN. Esto precisamente es lo que he supuesto, mejor dicho, de lo que casi estoy absolutamente convencido.

Por eso quiero aprovechar la ocasión para hablarle del asuntò.

EL GENERAL. *(Sorprendido)*. ¿A mí?

D. AGUSTIN. Precisamente. Sentémonos y tenga la bondad de escucharme.

EL GENERAL. Estoy a su disposición. *(Se sientan)*

D. AGUSTIN. Como le iba diciendo, desde hace tiempo observaba preocupado que un cambio notable se operaba en el temperamento de Alfonso. Yo, con el sobresalto natural de todo padre que solamente tiene un hijo en quien ha cifrado todas sus esperanzas, todos sus anhelos; un hijo para el cual han sido todos mis trabajos, todos mis sudores, toda una vida en fin; un hijo para el cual soñé todo lo que yo por mi torpeza o por imposibilidad no pude adquirir... Indagué, le examiné días y meses, le pregunté hasta que me confesó casi con miedo su enamoramiento que es la clave de todo.

EL GENERAL. ¿Dice V. que con miedo? ¿Teme que su amor no sea correspondido o es que V. tal vez se opone..?

D. AGUSTIN. General ¿Yo oponerme? Muy al contrario veo complacidísimo ese amor, pero ¿y si ese temor de no ser correspondido que V. supone se convirtiese en una realidad?

EL GENERAL. No es de creer. Alfonso es un muchacho bueno e inteligente a quien solamente perjudican esas ideas tan extrañas que quien sabe...

D. AGUSTIN. Impulsos de la juventud, nubes de primavera...

EL GENERAL. Pero termine que todavía no se quien le inspira esos temores.

D. AGUSTIN. Su hija, General.

EL GENERAL. *(Un tanto confundido)*. Aurora... Yo por mi parte vería con agrado esa unión de nuestras familias; y Aurora ¿lo sabe?

D. AGUSTIN. Creo que todavía no. Es preferible cuando se quiere de veras que la felicidad se balancee y haga equilibrios sobre una esperanza que no exponerse a que caiga y se asiente en el lado de los desengaños.

EL GENERAL. Veo que conoce V. bien el corazón de los enamorados.

D. AGUSTIN. ¿Y qué padre no conoce o cuando menos no adivina el sentir de su hijo enamorado o no enamorado?

EL GENERAL. Es cierto. Pues bien, si ella no se opone...

D. AGUSTIN. ¿Quedarán unidos para siempre nuestros nombres?

EL GENERAL. Efectivamente.

D. AGUSTIN. Honradísimo, mi querido General.

EL GENERAL. Muy satisfecho mi apreciado don Agustín. *(Se dan un apretón de manos)*. *(En este momento penetra Eugenia. Ninguno de los dos repara en ella)*.

D. AGUSTIN. No esperaba menos de la caballerosidad del General Llopis Marqués de Casa-Blanca.

EL GENERAL. Dejémonos de cumplidos.

D. AGUSTIN. *(Insistiendo)*. ¿Y el título de Baronesa de su hija, de nuestra hija mejor dicho... *(Eugenia que permanece indecisa en el quicio de la puerta hace un gesto de estupor)*.

EL GENERAL. Lo heredó expresamente de su Abuela, mi madre. Noble dama también. *(Pepueña pausa)*. Si le pa-

rece daremos una vuelta por el salón, que la fiesta estará ya en sus postrimerías.

D. AGUSTIN. Dice V. bien. *(Se levantan y se dirigen hacia el foro). (Reparando en Eugenia).* ¿Cómo es esto, tú aquí sola? *(Al General).* En seguida soy con V.

EL GENERAL. (*Aparte*). Le interesan mis títulos. No está mal... A un General aristócrata entrampado que sólo vive del sueldo deben también interesarle los títulos... del Estado. (*Salen*).

ESCENA QUINTA

D. AGUSTIN Y EUGENIA

D. AGUSTIN. ¿Por qué has salido así... con ese traje...

EUGENIA. Me aburría sola en mi cuarto; además creí que se habían ido todos.

D. AGUSTIN. Ya ves pues, que esto no ha terminado, y que has cometido una indiscreción presentándote de esa forma en una fiesta a la cual acuden personas de más respeto y consideración de la que tú les guardas.

EUGENIA. Perdóneme V., D. Agustín. Si lo hice fué movida por el deseo de ver a Luisita ataviada con el traje tan lindo que hoy estrena.

D. AGUSTIN. Eso no deja de ser más que una excusa mal urdida. ¿No le has ayudado a vestirse? Pues bien has podido contemplarla. Afortunadamente no han reparado en tí, pero si así hubiera sucedido para mis

amigos, para mis invitados, serías ahora la criada cuando para mí eres la ahijada, la protegida... y esto Eugenia, me resultaría muy desagradable. Me espera el General. No te hago ninguna recomendación. *(Sale)*.

ESCENA SEXTA

EUGENIA (queda entristecida mirando a D. AGUSTIN hasta que éste desaparece por la puerta de la izquierda).

EUGENIA. Pobre de mí... que triste es la vida cuando se vive por caridad. Dios mío. ¿Y esta es la virtud que tu enseñaste? La caridad que humilla, la que desdeña, la que hasta remunera porque por un puñado de pesetas compra el que la ejerce una virtud de que carece. ¡Oh! no, esa no es; tus virtudes, tus títulos, tus blasones esos no... esos, ni se compran, ni se heredan, ni siquiera dan ese falso brillo, porque en lugar de llevarlos prendidos del pecho se ocultan dentro del alma... *(Llora)*.

ESCENA SEPTIMA

(Al entrar ALFONSO por el foro y ver llorando a EUGENIA se detiene; después avanza cauteloso hasta llegar a ella).

ALFONSO. Eugenia... qué tienes... porqué lloras... *(Se oye el bullicio dentro)* ¿No oyes? Todos ríen...

EUGENIA. Por eso porque ríen... yo también soy envidiosa, quisiera reir como ellos, no puedo... y lloro.

ALFONSO. Yo pienso que es lo contrario; que ellos ríen y gozan de una relativa felicidad porque saben que hay quien llora en la tristeza. ¿Tú conoces algo que excite la risa tanto más dulce como el dolor ajeno tanto más amargo? Créeme, si en el mundo nadie llorase, ¡qué pocos se tomarían la molestia de reir! Pero bien ¿qué es lo que te pasa?

EUGENIA. No, si no lloraba...

ALFONSO. ¿Pretendes ocultar tu llanto después que lo has confesado? y a mí que soy tu confidente; tal vez el único que te hable con sinceridad y bien puede ser, que el único que te escuche con agrado. Esto si no lo supieras sería muy duro decírtelo, pero lo sabes sí, aunque no te atrevas a confesarlo.

EUGENIA. ¿Por qué hablas así Alfonso? Yo no puedo quejarme, vivo del corazón compasivo de tu padre. Cuando cometo una falta me reconviene como es muy natural.

ALFONSO. ¿Y qué falta has cometido?

EUGENIA. Exponerme a que me vean los invitados. Ya ves, estoy hecha una facha... Sería una vergüenza...

ALFONSO. ¿Por qué no dices lo que sientes? ¿Por qué no confiesas ingenuamente ese secreto que por la violencia te arrebata tus lágrimas? Quien no te conociese diría que habías obrado sin malicia, inocentemente... y es verdad, tu virtud, tu falta de doblez están a la vista, pero tienes alma de rebelde y hay instantes en que tu corazón vehe-

mente puede más que tu cabeza reflexiva. Dime la verdad, bien sabes que soy tambien rebelde... Bajaste así intencionadamente.

EUGENIA. Alfonso... ¿Por qué me crees tan mala?...

ALFONSO. ¿Lo ves como no fué más que un impulso del corazón? A pesar de la violencia que te causas vuelves a vivir con la preocupación y el prejuicio como guía inexorable que te señalan una ruta y la sigues sumisamente; te marcan una vida que no es la tuya, que no es la vida que quieres vivir, y sin embargo la aceptas con todos sus obstáculos y con unos límites restringidos por un Código arbitrario de Sociedad dictado para que lo cumplan los demás, por los que precisamente burlan todas las leyes... Los sumisos porque lo son, y los rebeldes por cobardes, todos vivimos una vida ficticia de mentira y de farsa. (*Una pequeña pausa*) ¿No has visto nunca a un león enjaulado dar y dar vueltas febriles pugnando por encontrar una salida que le lleve a su mundo? A vivir con el murmullo, con el misterio, con la fiereza de su querida selva en la que nació? Que siempre el árbol crece pujante allí donde tiene las raíces que le dieron vida... En un momento de desesperación se acuerda de lo que fué, de lo que sigue siendo a pesar de todo, y dá un rugido y un zarpazo que hablan de su arrogancia perdida...

Pasa un instante. El látigo del domador castiga su osadía, y el león vuelve a ser gato casero.

EUGENIA. Y nosotros somos como el león...

ALFONSO. Eso es; con la diferencia de que conservamos menos el instinto para preveer el trallazo de la domadora... Por eso solo rugimos y damos zarpazos cuando ese instinto que en nosotros está anulado, vende al convencionalismo lógico o absurdo de nuestra inteligencia que por suerte o desgracia es la reguladora de la vida...

EUGENIA. Te has empeñado y tendré que acabar confesándote algo de esa rebeldía, pero no sin decirte que es propia de los que se clavaron una espina y con ella clavàda atraviesan su vida

ALFONSO. ¡Clavada una espina! Y quién no la lleva en esta vida en la cual hasta la rosa más fragante está cercada por ellas... Solo los que no tienen conciencia y al final de cada día hacen borrón y cuenta nueva... (*Se oyen dentro risas y voces*).

EUGENIA. (*Sobresaltada al escucharlas*). ¿No oyes? Vuelven aquí... me voy.. si me encontraran...

ALFONSO. Y yo te acompaño.

EUGENIA. ¡Oh! no, debes quedarte. Yo se que alguna persona se mostrará complacida al verte.

ALFONSO. Qué quieres decirme?

EUGENIA. Una buena noticia para tí que me contó la casualidad.

ALFONSO. Y a mí quién me la ha de contar?

EUGENIA. Tal vez tu padre... Ya están aquí, hasta luego...

ALFONSO. Voy contigo. (*Sale por la derecha*).

ESCENA OCTAVA

Aparecen en escena por la izquierda los Marqueses de CASA BLANCA, su hija la BARONESA AURORA, D. AGUSTIN y LUISA

AURORA. (*Riendo a Luisa*). Es gracioso pero no tiene nada de particular, la moda en el baile es tan veleidosa como en los vestidos, y de no tener un profesor que le ponga a una al corriente...

LUISA. No he sentido nunca gran afición...

D. AGUSTIN. ¿Debe ser gracioso lo sucedido? ¿qué comentais?

AURORA. (*Conteniendo la risa*). No, nada... que Luisita no conocía el Fox-Trot y lo ha bailado como si fuera un Schotis.

D. AGUSTIN. (*A Luisa*). Vaya, que has hecho el ridículo, no lo has debido bailar.

LA MARQUESA. No tiene ninguna importancia. (*El General mira insistentemente por la puerta que han entrado*).

D. AGUSTIN. De todos modos en Sociedad el baile es indispensable. Desde mañana tendrás profesor.

LA MARQUESA. (*Tendiéndole su mano*). Bien don Agustín, que la velada ha sido larga y se ha hecho tarde.

D. AGUSTIN. A los pies de la Sra. Marquesa...

EL GENERAL. (*Reparando la despedida*). Esperad un instante, que no se donde he dejado el Palassan que compré en Filipinas y lo mandé buscar... (*Entra una doncella*).

CRIADA. (*Al General*). Sr., el bastón... (*se lo da y sale*).

D. AGUSTIN. Es magnífico.

EL GENERAL. Para mí es un recuerdo, por eso lo aprecio.

LA MARQUESA. Y creo haberte oído que te costó caro.

EL GENERAL. Phs... eso sería lo de menos... la gente de nuestra condición está por encima del dinero. No se quién... seguramente algún pobre diablo poeta de almanaque le llamó poderoso caballero .. de poderoso bien puede ser que tenga algo, pero de caballero no le llega al último de mis soldados.

D. AGUSTIN. (*En tono de broma*). También tendrá V. algunos..

EL GENERAL. ¡Ah!, sí, sobre todo, en los que no son de cuota...

AURORA. Qué nos vamos a eternizar aquí.

LUISA. ¿Qué prisa tienen?

EL GENERAL. A descansar, D. Agustín.

D. AGUSTIN. Gracias... y perdonen la ausencia de Alfonso... ya le conocen...

EL GENERAL. Ahora cambiará.

D. AGUSTIN. Qué duda cabe. (*Con afecto*). Adiós Aurorilla.

AURORA. Adiós, Luisa. (*Aparte*). Vaya una confianza la de este hombre... cualquiera diría...

LUISA. Adiós. (*Salen por el foro*).

ESCENA NOVENA

(DON AGUSTIN Y LUISA. D. Agustín toma asiento como si se encontrara fatigado)

LUISA. ¡Qué magnífica fiesta! Jamás se me

olvidará. Ha estado el salón deslumbrador. ¡Qué lujo! ¡Qué trajes! y todo en nuestra casa. (*Con zalamería*). Ahora que estamos solos, te lo voy a confesar. Me he pasado toda la noche abriendo y cerrando la boca. Porque, ¿a quién no se le abre de admiración viendo todo eso? Claro está, que en cuanto me daba cuenta de lo feo que está admirarse de lo que para todo el mundo es corriente, la cerraba con mucho disimulo. Creo que nadie me habrá visto y si alguien lo ha notado, es posible que haya creído que bostezaba, que me aburría... y ésto ya no me disgusta tanto desde que le oí al Barón alabar la fina distinción de la impasibilidad inglesa que, más bien, parece aburrimiento. ¡Ah!... es indudable que el aburrirse, así como el llegar tarde a todas partes es muy distinguido... Siempre se aprende algo. (*Al ver que su padre hace un gesto de disgusto*). ¿Cómo, pero es que no estás satisfecho?

D. AGUSTIN. Sí, Luisita. ¿Cómo no estarlo? Pero en esta fiesta ha faltado algo...

LUISA. No se a qué te refieres. Todos los servicios han estado completísimos. Precisamente el tacaño del administrador que, nunca cambiará de piel, me ha dicho que aquel derroche era escandaloso... Eso de que en tu casa todo el mundo pidiera champagne, más champagne para no pagarlo, le parece a él casi fantástico.

D. AGUSTIN. No sigas, Luisa. ¡Qué niña eres! y la falta de tu hermano. ¿No es nada?

LUISA. ¡Ah! es verdad, pero eso no debe preocuparte; ya no cambiará...

D. AGUSTIN. Es preciso que cambie; tiene treinta y cinco años, no es un niño. Y por otra parte quién sabe si contrayendo un matrimonio digno...

LUISA. No es la primera vez que tratamos de este asunto, y afortunadamente no le contraría... pero ya sabes que el problema está en encontrar una mujer que se pueda casar con él. En encontrándola, resuelto el problema; hasta entonces inútil cuanto hagamos. Es gracioso este hermanito mío; a su edad y con lo que conoce el mundo según dice, no sabe encontrar una mujer!... ¡Con lo fácil que esto es para todos los hombres, precisamente por que es muy difícil para todas las mujeres!

ESCENA ULTIMA

(Dichos EUGENIA y ALFONSO que entran por la derecha).

ALFONSO. Padre... ¿Por qué has dado ese paso sin contar antes conmigo? ¿Sabes si podré ser feliz con esa mujer?

D. AGUSTIN. ¿Pero quién te ha contado?...

EUGENIA Les oí casualmente a Vds. y... no le disgusta. (*Por Alfonso*).

D. AGUSTIN. (*A Eugenia*). Tu última imprudencia... Aunque lo hayas oído por azar debías haber callado.

EUGENIA. Perdóneme V. He querido convencerle y creo que...

ALFONSO. ¡Oh!, no es posible, apenas he hablado con ella...

D. AGUSTIN. Desconfiar de Aurora es ofenderla. Yo conozco bien a toda esa familia y por eso me llenaría de satisfacción vuestra unión.

LUISA. Y siendo así, no puedes oponerte a ese matrimonio tú que tanto has suspirado por ese cambio de régimen de vida, que crees te regenerará y te volverá a la sociedad.

ALFONSO. ¡Oh! quién sabe, nada puede negarse rotundamente; es tan caprichosa y tornadiza la voluntad ayudada por el destino... pero no me habéis entendido, de volver a ella, a esa Sociedad, me abstraeré más, mucho más, hasta perder su recuerdo que para mí es tan amargo.

LUISA. ¿Amargo? ¿Por qué?

ALFONSO. Que por qué... Misterios de los corazones que vibran y sienten; locuras, para los que se constituyen en Jueces y los juzgan a flor de piel. Allí ellos... ¿Cómo han de conocer su importancia permaneciendo ocultos, si cuando surgen sangrantes causan risa o cuando más desprecio?

EUGENIA. ¿Y tanto abundan esos secretos que martirizan perpetuamente?

ALFONSO. ¡Quién puede decirlo!... Solo se que se albergan en el corazón de los buenos, que no olvidan sus obras buenas ni sus obras malas... el pasado siempre es la ley suprema que manda imperativamente a los hombres de bien.

D. AGUSTIN. Que cosas dices; parece que deliras. Es preciso que te olvides de todas esas preocupaciones y que empieces a vivir... Tu matrimonio con Aurora, es ventajosísimo. Serás respetado por todos, tendrás un título que ha de ser para tí y para tus hijos el día de mañana...

ALFONSO. (*Con vehemencia*). Para mis hijos sí... y empezaré a vivir en un mundo pequeñito, muy pequeño, pero que solo sea para mí y para los míos.. Un pedacito de redención en donde no haya más imperativo que el de la verdad, más ley que la del cariño, más engaño que la ocultación del mal... Con muchas risas y sin más lágrimas que las del dolor que el destino o nosotros nos causemos... que las del dolor que otros nos causen son mil veces más amargas, y sobre todo más injustas... (*Una breve pausa*). Pero estos son sueños irrealizables.

LUISA. No digas eso, Alfonso. Aurora es muy buena; después que os tratéis y os conozcais sereis inseparables.

D. AGUSTIN. Y así me harás también feliz.

EUGENIA. Desecha toda preocupación. El amor lo vence todo...

ALFONSO. Dices bien, lo vence todo o cuando menos lo arrostra todo, menos el miedo a la fiscalización ajena que es la mentira que gobierna a los altos y a los bajos, el verdugo que sofoca los buenos instintos y mata los santos ideales... y en definitiva el terreno abonado para que fructifique la farsa. (*Concibiendo alguna

esperanza). Pero quién sabe... lo intentaré, sí... debo intentarlo...

Telón rápido.—Fin del acto primero.



ACTO SEGUNDO

La escena representa el despacho de D. Agustín. A la derecha habrá una mesa de trabajo con plumas, tintero, libros y papeles, todo en perfecto orden que deje entrever la intervención de una mano femenina. En el fondo y a la derecha también, una librería y en el fondo a la izquierda una caja de caudales y una estantería con libros. En primer término a la izquierda una chimenea moderna, reloj de pared, bustos y figuritas de adorno encima de la chimenea, orlada por dos cómodos sillones, sillas y demás objetos encomendados al buen gusto del decorador. Puerta practicable en comunicación con el resto de las habitaciones a derecha e izquierda de la escena. Puerta en el fondo.

ESCENA PRIMERA

ALFONSO, EUGENIA Y GERARDO, CONDE DE LA NOGUERA

EUGENIA. Debió ser una fiesta magnífica.

GERARDO. Revistió una brillantez inusitada. Es indudable que el organizador puede quedar satisfecho. En ella se hizo música clásica, y esa música extranjera y afeminada que tanto cautiva y que todo lo invade. Música ultramoderna como le llaman los críticos y literatos siglo XX.

ALFONSO. ¡Cómo quieres que le llamen! Ninguno es tan joven ni tan nuevo como esa música.

GERARDO. Supongo que eso no lo dirás por los tres o cuatro que insertan en la portada de sus respectivas obras una fotografía de cuando eran niños precoces.

EUGENIA. Y que aunque puedan probar que han sido niños, no siempre podrán demostrar que han sido precoces.

GERARDO. Sí, caray.... que con esa carita que exhiben se necesitaba precocidad hasta... para retratarse.

EUGENIA. Este Conde siempre tan punzante en sus críticas.

ALFONSO. Y tan atinado.

EUGENIA. Eso sí....

GERARDO. Por Dios Señorita... ¿cuántas veces quiere que se lo diga...? Dada la fraternal amistad que media entre Alfonso y yo; V. como quien dice su hermana, debe tratarme con más familiaridad. Olvide en adelante que tuve un título y acuérdese de que tengo un nombre propio.... además, desde que renuncié a mi título no tengo derecho a que nadie me lo adjudique. Si siguen llamándome Conde es como si lo fuera... La mayor y casi la única prerrogativa de un aristócrata está en el regalo que hacen a sus oídos unos cuantos aduladores llamándole a voz en grito y ante el mayor número de personas posible... ¡Marqués!... ¡Eh Conde!... ¡Cuidado Duque!... y hacer esto conmigo sería incluso cruel... ¡Oh! (*con ironía*) Recordarme días de pasada grandeza que como las golondrinas del poeta Sevillano, ya no volverán.... eso no puede ni debe V. hacerlo.

ALFONSO. No sigas, Gerardo, que ya la tienes apurada.

EUGENIA. Conozco sus bromas.

GERARDO. *(Riendo)* Pues todo lo que he dicho en broma encerraría un fondo de verdad para otro que no pensase como yo pienso. Los únicos que no me perdonan son ellos, los altos, los nobles... ¡Renunciar a tanto honor! esto para ellos es absurdo... Ninguno por muy grande que fuera su miseria es capaz de hacerlo. Mayor que esa miseria será siempre su soberbia.

EUGENIA. Pero las ideas arraigadas en usted todo lo desdeñan.

GERARDO. Naturalmente. Un hombre que piensa no puede tener más norte que sus ideas, y para luchar denodadamente por ellas, imponiéndome los consiguientes disgustos y sacrificios, en las elecciones que mañana se han de celebrar representaré al partido proletario.

ALFONSO. ¡A ver si quieres hacernos creer que eso para tí es un sacrificio, cuando no aspirabas a otra cosa en el partido gubernamental a que siempre perteneciste!

GERARDO. Ahora veo claramente que debe imperar siempre la razón, y aunque mi misión será difícil porque necesariamente perteneceré a la sistemática oposición que todo lo obstruye...

ALFONSO. Bonito programa... Es el único para que siempre impere la razón... La sistemática oposición, *(Riendo)* Tiene gracia.

GERARDO. No has entendido. Nuestra oposición es sistemática, porque siste-

mático es también el error de los de enfrente. Supongo que no dudarás de mi sinceridad política...

ALFONSO. No, hombre; qué cosas tienes...

GERARDO. Bueno. Yo os dejo, que se ha hecho tarde y tengo que enterarme de los preparativos para la lucha de mañana... Adiós Alfonso. Eugenia... ya sabe V. que ahora y siempre soy solamente Gerardo.

EUGENIA. Diputado a Cortes. Lo tendré en cuenta. Adiós.

ALFONSO. Hasta mañana. *(Sale Gerardo por el foro).*

ESCENA SEGUNDA

ALFONSO Y EUGENIA

ALFONSO. Este Gerardo me da que pensar.

EUGENIA. Noto que desde hace tiempo sientes por él una antipatía que no puedes disimular.

ALFONSO. Temo que mintiera al hablarme de Aurora hace un mes próximamente. Me relató sus discreteos impertinentes durante la fiesta que se dió en nuestra casa, me habló de su carácter irascible que no veo por ningún lado, de su soberbia...

EUGENIA. ¿Y quién te asegura la sin razón de esas palabras? Hasta entonces no fué otro su ambiente.

ALFONSO. ¿Y se puede cambiar tan rápidamente?

EUGENIA. Ya lo ves... ¿No es otra contigo distinta de esa que te pintaron?

ALFONSO. *(Precipitadamente)* ¡Oh! sí, para mí

no tiene más que sonrisa, solicitud, cariño...

EUGENIA. Todo eso es obra de un amor verdadero. (*Una pequeña pausa*) Temo que te retardes. Seguramente que ya te espera para dar el paseo diario.

ALFONSO. (*Consultando el reloj*). Es verdad. Ya se acerca la hora. (*Una pequeña pausa)* A mí también me parece que soy otro... por más que todavía... *(En un impulso parece que vuelve desde la puerta para contar a Eugenia algo extraordinario. Por fin se detiene).*

EUGENIA. Ibás a revelarme algo... ¿por qué te contienes?

ALFONSO. No tengo tiempo. Ya lo sabrás... *(Sale por el foro. Eugenia queda un momento pensando en lo que Alfonso pudiera confiarle, e inmediatamente sale por la puerta de la izquierda).*

ESCENA TERCERA

Breves instantes después de salir EUGENIA, entran RAMON y don AGUSTIN por la derecha y toman asiento a ambos lados de la chimenea.

RAMON. El maldito invierno se nos ha adelantado demasiado este año.

D. AGUSTIN. Sí; pero créeme que más frío me dan los años que el invierno.

RAMON. Vd. se podrá quejar. ¡Si está hecho un chico!

D. AGUSTIN. No seas adulador Ramón, que los años no pasan en valde y tengo

ya muy cerca de los setenta. Por otro lado bien sabes que he trabajado mucho desde muy niño para conseguir hacerme con la hacienda que poseo, que las desgracias se han cernido constantemente fatídicas sobre mi cabeza como el buitre sobre su víctima...

RAMON. Muy cierto todo eso, pero ahora debe Vd. sentirse feliz, y por tanto rejuvenecido.

D. AGUSTIN. ¡Ah!, Ramón, ha llegado ya muy tarde para mi felicidad; pero vamos, le agradezco su visita apesar de la tardanza.

RAMON. Don Agustín, es que no tiene Vd. por qué dolerse... Alfonso y Luisita sus hijos, adoran en Vd. bien es verdad que Alfonso le ha dado sus disgustillos, fué un poco calaverón y hasta si Vd. quiere un poco gastador; pero está completamente reformado. Hace tiempo que lo tiene Vd. tan formalote, tan serio, llevando una vida ordenada y pensando en alegrarle su hogar casando con la Baronesa Aurora.

D. AGUSTIN. Con la heredera de unos títulos del más rancio y noble abolengo. Para ella serán con todo su brillante origen y no menos brillante historia... Es decir, para ella y para Alfonso... y más tarde para mis nietos, que serán de mi sangre y llevarán mi apellido.

RAMON. Ahora que de rentas, nada... tan nada, que en esta nueva carta (*Sacándola del bolsillo*) vuelve el Ge-

neral a pedirle otro préstamo de diez mil pesetas.

D. AGUSTIN. (*Un poco sorprendido pero sin querer darle importancia*). Algún apuro de momento; bien, se las remites inmediatamente. Mi capital es de sobra suficiente para que todos vivamos con holgura, pero tú como buen Administrador, todo lo capitalizas.

RAMON. Hombre, a propósito de capitales. La familia esa que vive en el sesenta y dos de esta calle, le ha salido por peteneras al cobrador de sus rentas, encargándole diga a usted tenga a bien esperar un mes, porque ahora por un lío muy largo que han inventado no pueden satisfacer las cien pesetas que pagan en concepto de alquiler.

D. AGUSTIN. Esperaré ¿por qué no? Se trata de inquilinos antiguos que no andan sobrados pero que al fin y al cabo son honrados y pagan religiosamente.

RAMON. Como V. guste, aunque yo en su caso no condescendería; porque mirando bien las cosas, cien pesetas en un mes al once por ciento dan....

D. AGUSTIN. (*Riendo*). No te cansas Ramón, que eso es ya mirar demasiado y a nada conduce.

ESCENA CUARTA

DICHOS Y LUISA que entra por la derecha.

LUISA. (*Con zalamería*). ¿Qué tal, papaito, cómo pasas la tarde?

D. AGUSTIN. Bien y tú, hijita mía.

RAMON. Caramba... Luisita...

LUISA. Y Vd. D. Ramón?

RAMON. Charlando de nuestros asuntos.

LUISA. De rentas? De cobros? De pagarés? ¡Qué apego le tiene V. al oficio!

RAMON. Ah, no hay más remedio, yo debo defender vuestro patrimonio y lo defiendo como un padre, más que como un Administrador.

LUISA. (*Sentada en uno de los brazos del sillón de su padre. Riendo*) Bastante más que un padre (*Acariciándole*) si no dilo tú...

D. AGUSTIN. Sí, pero todo se lo tenéis que agradecer.

RAMON. No hago más que cumplir con mi deber; los quiero mucho (*A Luisa*) a ti te ví nacer.

D. AGUSTIN. ¿Y Alfonso?

LUISA. Salió hace rato y creo que fué a buscar a Aurora y a su madre para dar un paseito. No tardarán, la Marquesa todos los días nos hace su visita... Te quiere a tí como a un hermano.

D. AGUSTIN. Y a tí como a una hija.

LUISA. No.. Eso se queda para Alfonso.

D. AGUSTIN. No digas tonterías chiquilla, ya sabes que es muy buena.

LUISA. Dios me libre de decir lo contrario, pero siempre tiene que preferir a mi hermano que podrá llamarle de veras mamá.

RAMON. Y que además aporta una buena dote.

D. AGUSTIN. ¡Ya salió a relucir el dinero! este Ramón es impertinente.

RAMON. Dispénseme D. Agustín, pero por

qué negarlo; es mi obsesión, mi único deseo, sin hablar de él, a fuerza de costumbre la vida se me haría imposible.

D. AGUSTIN. Bueno, (*señalando las habitaciones*). Daremos un paseito por ahí dentro y podrás seguirme hablando de los inquilinos, de las cosechas, de tu pesadilla en fin, mientras que mi Luisa hace su cotidiana labor de ama de gobierno que tampoco sin ella puede pasar (*levantándose*). ¡No es verdad picarona!

LUISA. En eso estaba pensando, que ya veo en esa mesa un desbarajuste de libros y papeles...

D. AGUSTIN. (*Avanzando hacia la puerta de la izquierda seguido de Ramón*). Hasta luego Luisilla.

RAMON. Y a ver si no te entretienes en cartas acarameladas.

LUISA. Adiós...

D. AGUSTIN. (*A punto de salir y recordando repentimiento*). ¡Ah!.. y si viene la Marquesa, que me tiene por ahí dentro.

LUISA. Muy bien. (*Salen*).

ESCENA QUINTA

LUISA se dirige a la mesa de D. AGUSTIN con objeto de limpiarla de papelotes y algún libro que está fuera de su sitio,

LUISA Empezaremos la tarea diaria. Es un verdadero trabajo el que tengo que tomarme para que en esta dichosa mesa no falte el orden debido... (*En tanto que ordena los papeles y apila los libros*). Libros que

hay que colocar en su correspondiente hueco... y que no son libros de como quiera... Filosofías de Autores cuyo nombre parece un estornudo... Poesías que a mí no me interesan más que cuando tratan de noviazgos, y cada dramita del siglo de oro en que nos ponen a las mujeres que no hay por donde cogernos... Bueno, pero si a pesar de todo esto me agradecieran lo que hago no había pasado nada, pero ya, ya... *(Tomando un papel y mirando).* Números y más números... al cesto *(rompe el papel en pequeños pedazos y los echa a un cestito que habrá a la derecha de la mesa). (Tomando otro papel y leyendo).* ¿Qué es esto? ¡Ah!.. una poesía romántica que de puro ridícula parece un anuncio de alguna perfumería, dedicada a Aurora por su rendido autor Alfonso. Pasatiempos de enamorados... al cesto también *(con este hace como con el papel anterior. Ramón sale precipitadamente por la puerta de la derecha. Viene descompuesto).*

ESCENA SEXTA

LUISA y RAMON todo apurado.

RAMON. (*Casi no puede respirar*) Luisa... Luisita, has tocado por desgracia... un papel con números... que he dejado encima... de la mesa.

LUISA. Un papel con números...

RAMON. Habrás sido capaz de romperlo sin

saber que me solucionaba un gran problema económico?....

LUISA. *(Miedosa).* Si señor, creo qu elo he roto y lo he tirado al cesto.

RAMON. *(Con tono de tragedia).* ¡Qué has hecho... desdichada!.. Se trataba nada menos, que del número de cerillas que me ahorraba en el transcurso del año un encendedor sin sello de una cincuenta.

LUISA. Por Dios D. Ramón, que me había V. asustado... creí que se trataba de algo más grave...

RAMON. ¿Y te parece poco grave? *(Moviendo la cabeza como un desengañado).* Hay que juventud tan desgraciada... Todo le parece frívolo, de poca importancia... en fin, Dios quiera que venga la época en que reaccioneis... Después de este disgusto que me ha proporcionado tu cabecita loca, voy a ver si arreglo otros negocios con tu padre... Adiós bribonzuela... y haber si tienes otra vez más cuidado de lo que haces... *(Sale.)*

LUISA. *(Riendo)* Tiene gracia... Pobre hombre, por más que a mí no me ha debido hacer ni pizca porque me he llevado un susto muy regularcito... Lo que antes decía; ni agradecida ni pagada. *(La criada entregándole una tarjeta que trae en una bandeja).*

CRIADA. Un señor pregunta por el señorito Alfonso.

LUISA. *(Tomando la tarjeta y leyendo).* José Ruiz... Abogado. *(Rememorando).* José... Ruiz... Ruiz, este nombre no me es desconocido...

Es verdad, Pepe Ruiz... Alfonso lo nombra con frecuencia.

CRIADA. Dice que es amigo antiguo.

LUISA Bueno; creo que no puede tardar mucho Alfonso. Que pase; esperará aquí si le parece bien.

ESCENA SEPTIMA

LUISA y PEPE RUIZ que entra por el foro.

PEPE. Señorita?... Tanto gusto.

LUISA. El gusto es mío. Según me ha dicho la muchacha viene en busca de Alfonso...

PEPE. En efecto... V. seguramente no se acordará de mí.

LUISA. Verá V.... pero siéntese *(toman asiento.)* El nombre de Pepe Ruiz no es para mí desconocido. Creo que se lo he oído pronunciar a mi hermano.

PEPE. No es difícil. Desde niños fuimos los mejores amigos. Es natural que no me haya olvidado.

LUISA. Hace ya mucho tiempo que V. se ausentó de la Corte?

PEPE. Lo suficiente para que V. ya no me reconozca... era una niña... apenas si contaba diez años... y hace once que falto de Madrid.

LUISA. *(Contando con la imaginación.)* ¿De manera que hace once años que se ausentó?... Entonces y o tendría unos ocho.

PEPE. *(Un poco azarado).* V. me perdone la confusión... pero mayor razón para que no se acuerde de mí.

LUISA. *(Riendo).* No es necesario el per-

dón para reparar ofensa de tan poca monta.

PEPE. No soy de su parecer; la cuestión de la edad es la cuerda sensible de las mujeres, y yo... la he pulsado inopinadamente.

LUISA. Bien, ya que se empeña otorgaré mi perdón. Está V. perdonado.

PEPE. *(Riendo).* Así quedo tranquilo (*Pausa corta*) y volviendo a Alfonso ¿Tardará mucho? (*Consultando el reloj*). No me queda más que media hora de tiempo para tomar el tren y sintiéndolo en el alma, mi espera no podrá ser larga.

LUISA. ¡Cómo!... Pero después de once años de ausencia se va V. tan pronto?

PEPE. Mis padres viven en un pueblecito cercano y el tiempo de parada en la Corte lo he querido aprovechar para dar un abrazo a mi mejor amigo de la mocedad. Por cierto que es un perezoso de marca. Cuando fuí a Bolonia me contestó a una carta en la que me comunicaba sus últimas noticias, sus juergas, sus correrías, sus andanzas amorosas, su vida toda...: ese vivir también entendido que supongo no habrá abandonado... después, le escribí tres nuevas epístolas y a ninguna me ha respondido.

LUISA. Perdónele; las filosofías y libros raros absorben toda su atención. Respecto a su carácter y a su vida ha cambiado totalmente... ¡Ya vé V. toda su obsesión desde hace

tiempo era el matrimonio y en efecto, se casa dentro de poco!

PEPE. (*Asombrado*), ¿Pero es posible que haya cambiado tanto? (*Riendo*) veo que ahora no vamos a congeniar como antes. Yo soy afortunadamente el mismo... Recuerdo que un profesor me lo predijo; Ruiz, V. ha nacido botarate y botarate morirá... y nada estoy resignado... Botarate moriré. (*Pausa un tanto embarazosa*). Supongo que don Agustín seguirá tan fuerte.

LUISA. Sí, está bien.

PEPE. No es extraño, una naturaleza virgen, no agotada por los excesos: Antes era demasiado rígido con Alfonso, quería que su vida se redujese a un continuado estudio y que su único placer consistiera en la observancia recta de la religión y sus preceptos... y esto no está al alcance de todas las almas ni de todas las edades:

LUISA. Tiene razón: papá es así, algo intransigente.

PEPE. (*Consultando de nuevo el reloj*). Lo siento mucho señorita, pero me veo precisado a marcharme; tengo el tiempo tasado para tomar el tren (*Se levanta*).

LUISA. (*Levantándose a su vez*). ¿Y se va sin verle?

PEPE. Volveré mañana, la vida de pueblo me agobia; solamente voy con objeto de abrazar a mis padres, para domiciliarme luego aquí abriendo un bufete. (*Despidiéndose*). A los pies de V., señorita.

LUISA. Adiós, Pepe.

PEPE. (*A punto de salír*). Ah... y le ruego no le diga que he estado para que mañana su sorpresa sea mayor.

LUISA. Así lo haré, adiós: (*Sale Pepe por el foro*).

ESCENA OCTAVA

LUISA sola mientras coloca los libros y papeles que hay encima de la mesa en su respectivo lugar

LUISA. Veremos si ahora me dejan en paz; seguiré arreglando el desbarajuste. *(Tomando un libro y leyendo en la portada)* La Losa de los sueños... Jacinto Benavente. Una de las muchas tonterías en que se entretiene mi hermanito; vulgo Novelas... Dramas... y demás cosas románticas que vuelven los sesos agua y que a nada bueno conducen: (*Avanza hacia el armario de la derecha: Leyendo con la imaginación los nombres de los autores*). Benavente... Benavente... aquí (*Coloca el libro en su lugar*). (*Tomando otro libro de la mesa y leyendo*). Filosofía fundamental... Balmes... ¡Ah! vamos, éste es uno de esos señores serios y ceñudos a quien la gente ha dado en llamarles filósofos porque en todo opinan al revés que los demás que también tienen perdidito a mi papá. (*Avanza hacia la estantería de la izquierda y lee*). Filósofos malos... Nietzch... (*Pronunciando con trabajo*). Schopenhaüer... Kant... Vayamos a otro al-

do. (*Mirando en otra división*). Filósofos buenos... Santo Tomás de Aquino. . Suarez... aquí. ¿Por qué serán aquéllos malos y éstos buenos? ¡Cuando mi papá lo dice! En fin, menos mal que si se vuelve loco le dará la locura pacífica que es la de los buenos... Porque es lo que yo digo, todos estos señores que por ser raros lo son hasta en el nombre, terminan volviendo locos a todos los que de ellos se preocupan. *(Tomando una tabla de logaritmos de la mesa y leyendo).* Tabla de logaritmos... vaya, ya salió a relucir D. Ramón en forma de números que se dán de cachetes de puro apretados que están. (*Mirando en otro apartado de la librería*). aquí... Y ahora veamos lo mío. (*Mirando en la mesa y tomándolo*) el último número de la moda; lo único de sentido común que hay en esta casa entre tanto librote. *(Se sienta en el sillón de la mesa y lee).* Vamos volviendo a las antiguas modas. Lo qué diría el Administrador si me oyese. (*Remedando la voz de Ramón*). La cosa es hacer gastar.

ESCENA NOVENA

LUISA, LA MARQUESA y un niño de unos quince años con el traje de hospiciano que AURORA y ALFONSO traen de la mano.

LA MARQUESA. Luisilla. (*La besa*).

AURORA. (*Soltando la mano del niño*). Dos días sin verte ya. ¿Qué es de tu vida?

LUISA. Arreglando lo que desarreglan estos adanes. (*Por Alfonso que habrá quedado en el fondo con el niño como miedoso de entrar*). (*Reparando en el niño, pregunta con visible curioridad*). ¿Y este niño?

LA MARQUESA. Un Hospicianito del Asilo de al lado de casa, amiguito antiguo de Alfonso que siempre que por allí pasa le obsequia con golosinas.

ALFONSO. Un niño muy bueno y muy bién educado que me quiere a mí mucho (*Acariciándole solícito*). ¿No es verdad Moisesillo?

MOISÉS. Sí señor, porque es V. muy bueno.

LUISA. ¿Y cómo es que así le habéis sacado del Asilo?

AURORA. Verás.

LUISA. Pero siéntense Vds., están en su casa.

ALFONSO. No hace falta que tu lo digas. (*Toman asiento. La marquesa y Aurora en las dos butacas; Luisa en una silla al lado de la Marquesa y Alfonso en otra al lado del Hospiciano y de Aurora*).

AURORA. Pasábamos por delante de las verjas del Asilo, cuando hemos oído la voz de un niño que gritaba señorito Alfonso... señorito Alfonso... ¿No me hace Vd. caso?... (*Durante este relato Alfonso acariciará al Hospiciano tiernamente, hará como que le habla a hurtadillas al oído y los dos reirán silenciosos*).

LA MARQUESA. Y era este rapacillo que pugnaba por desasirse de la mano de don Bonifacio el Capellán, para venir a saludarnos.

LUISA. Bien, pero no me explico como pudieron dejarle salir del Asilo. (*Alfonso y el niño seguirán embebidos sin hacer caso del diálogo*).

LA MARQUESA. Le dió ésta unos dulces que llevaba y como es tan amable el Capellán, compañero antiguo de tresillo de mi esposo, después de poner algún reparillo accedió a dejarlo salir por dos horas, para que pasease con nosotros...

LUISA. (*Mirándole*). Es muy guapo y parece muy simpático.

AURORA. Simpatiquísimo, como que ya somos muy amigos ¿Verdad?

MOISÉS. (*Que al hablar con todos excepto con Alfonso se muestra retraído*). Sí señora.

LUISA. ¿Y qué tal te encuentras en esa casa?

MOISÉS. Bien... bastante bien... Las monjitas son muy buenas... Sor María me quiere mucho.., y un día, hace tiempo me dió un beso... como los que me da don Alfonso.

ALFONSO. (*Al oir lo dicho por el niño, hace un gesto de estupor*). ¿Te extraña?...

MOISÉS. Sí señor. : porque allí dicen que los besos son mimos que crían mal a los niños.

LUISA. Pobrecito...

AURORA. Estás muy delgado. ¿Tienes hambre?

MOISÉS. Hambre... (*Duda un momento y todo azarado contesta*). Sí señora...

ALFONSO. (*Con sobresalto*). Pero dices que tienes hambre; es que las monjas no os dan de comer?

MOISES. Las monjitas sí, D. Alfonso, pero... (*Como dudando*).

ALFONSO. Cuéntalo, acaba pronto...

MOISES. ¿Y si lo sabe?

ALFONSO. (*Sin entender*). ¿Quién?

MOISES. El...

AURORA. (*Que tampoco entiende*). No... No lo sabrá... No lo sabrá.

MOISES. Un niño muy malo que hay en el Asilo me quita mi comida y se la come él, o la guarda para jugar con el perro... (*Todos quedan atónitos*).

ALFONSO. (*Con vehemencia*) ¿Y no te resistes?

MOISES. (*Sollozando*). No puedo... Me pega... es más fuerte que yo...

LA MARQUESA. (*Conmovida*). Pobrecito que bueno es...

LUISA. No te dejes, defiéndete, pégale tú también.

MOISES. Le tengo mucho miedo; un día que tenía mucho hambre, quise volverme contra él... me tiró al suelo, me pisoteó me pegó muy fuerte y me amenazó con un hierro muy afilado diciéndome que me iba a matar...

AURORA. Es horrrible...

ALFONSO. Y ¿por qué rehusabas cuando yo te daba dulces?

MOISES. Porque el Capellán así nos lo manda... (*Sigue sollozando*).

AURORA. (*Va hacia èl y le arrulla con ternura*). No llores Moisesillo, hay que tener más ánimo, ser más fuerte; y por otro lado va llegando la hora de que volvamos al Asilo y si te ven con esos ojos tan irritados van a pensar mal de nosotros .. (*Saca su

pañuelo y le enjuga las lágrimas). (Alfonso que habrá quedado sumamente impresionado, con la cabeza baja sonríe imperceptiblemente al ver el maternal cariño de Aurora hacia el hospiciano).

LUISA. Y no te dejarán salir más de paseo.

LA MARQUESA. Cálmate... cálmate... *(A Luisa)*. ¿Y tu padre?

LUISA. Me dejó encargo de que le advirtiera le esperaba a Vd. por ahí dentro.

LA MARQUESA. Pasemos... *(A Moisés)*. anda vamos, conocerás al papá de este señor que tanto te quiere...

AURORA. (*Terminando de arreglar a Moisés que ha cesado de llorar*). Así... así estás mucho más guapo que haciendo pucheritos... así quiero verte...

LUISA. Si vamos... que mi papá también es muy bueno y se alegrará de conocerte.

AURORA. Andad pero no tardéis mucho que se va pasando el tiempo. (*Al niño*). Adiós lloroncillo... (*Salen*).

ESCENA DECIMA

AURORA y ALFONSO que seguirá profundamente conturbado. (Una breve pausa).

AURORA. Que niño eres. Te has emocionado mucho. A tí te pasa lo que a ese hospicianito; que eres demasiado bueno para vivir en este mundo en el que hay que luchar a brazo partido con sus miserias. También a

tí como a él te digo, que hay que ser más fuerte, que hay que envolver ese corazón grande, pletórico de bondades, en una coraza de acero bien templado, para que cuando tropiece con la espada del mal la osque y la salte sin que en él sañuda logre hundirse.

ALFONSO. Aurora!.. ¿Me quieres?

AURORA: ¿Pero tú deliras? ¿Estás loco? ¿Qué me haces esta pregunta de recién enamorados que apenas se han hablado y que desconfiados temen todavía que su amor sea un engaño pasajero, cuando me has dicho que no hay fuerza humana que nos separe, y cuando al abrirnos mutuamente las puertas secretas de nuestras almas, encontramos en ellas dos tesoros?

ALFONSO. (*En el paroxismo de la emoción*). Perdóname. Te he engañado... (*Sobresalto repentino en Aurora*). Esa puerta que dices abrí, es una puerta falsa que te traicionó... no puedo... no puedo más, he de confesarlo todo. Te engaño... Esas palabras de amor hacia mí, tan dulces, me delatan, no caben en mi interior; están en pugna con un sentimiento muy hondo que se aferra aquí dentro con garfios de acero; pero tienes razón, mi corazón es grande y siento que se filtran en él como el helado rocío en las entrañas de la tierra...

AURORA. ¡Ah! Alfonso. ¿Tu engañarme?...

ALFONSO. Cálmate.. escúchame, no has entendido... tal vez también tú des-

precies con asco infinito al Gran Galeoto, al mundo ruin y sepas erigirte en heroina sin precedentes que sostenida por el pedestal del sacrificio rebase en cien codos la ciénaga de la murmuración y de la intriga en que se arrastran almas menguadas y espíritus adormecidos... (*Alfonso se va hacia ella*).

AURORA. No... no quiero oirte, apártate... déjame que me vaya.

ALFONSO. (*Haciendo ademán de contenerla*). No, no te irás... escúchame, por Dios te lo pido... quiero deshacer tu equívoco. (*Aurora cae sollozando en un sillón. Alfonso se sienta junto a ella*). Me has llamado niño porque me has visto profundamente emocionado, tú sin duda, has creído que me conmovía la bondad de ese hospicianito anémico que se deja arrebatar la comida por un hijo del crimen que con él convive... y eso solamente me ha producido indignación sin límites, rabia sorda, afán indescriptible de abofetear a ese monstruo en embrión que nació sellado con el estigma de la maldad.

AURORA. No me atormentes... déjame... lo has confesado...

ALFONSO. Quiero que me oigas... no es eso... no es lo que crees, despréciame, maltrátame luego si quieres, pero es necesario que escuches. ¿No notas hace tiempo en mí una melancolía extraña que constantemente me mortifica? ¿No ves en nuestras pláticas amorosas un al-

go inusitado que me hace temblar temeroso de perderte al hablarte de mi cariño?

AURORA. No me mortifiques, acaba pronto...

ALFONSO. Ya se que sufres... perdóname, no se como decírtelo para que te hiera menos... (*Como decidiéndose*). Pues bien, lo que me ha conturbado, lo que me ha conmovido profundamente, lo que me ha arrancado lágrimas no se si de alegría o de dolor, ha sido el amor purísimo, el amor redentor hacia esa desválida criatura que he visto espontáneo brotar en tu pecho como el lirio inmaculado en la ribera... El tierno arrullo maternal cuando solícita enjugabas su llanto...

AURORA. No sigas, es horrible, parece que preveo lo que quieres decir.

ALFONSO. Si lo has de saber todo... me ahoga la incertidumbre de lo que tarde o temprano has de conocer, me corroe las entrañas el remordimiento... (*Pequeña pausa, toma la mano de Aurora y fluctuando entre la fogosidad y la ternura dice lo que sigue*). Y es que en mi alma de pigmeo se debaten furiosos dos gigantes que en sus hercúleos embates me la destrozan... El amor que te tengo y el que tengo a ese niño hambriento... al hijo que cobarde abandoné...

AURORA. (*Dando un grito suelta violentamente su mano de la de Alfonso y huye despavorida hacia la puerta de salida en el crítico instante en que aparecen en escena la Marquesa, Luisa,*

D. Agustín que viene abrazado al hospiciano y Ramón. Aurora al ver a su madre corre a ella repitiendo como una alucinada). Madre mía... Madre mía... (*Señalando al niño*). Ese... Ese... Su hijo... Su hijo... (*Cae sin darse cuenta de nada en brazos de la Marquesa. Todos quedan un momento perplejos, pero al ver la actitud de Aurora y Alfonso, se hacen cargo de la situación*).

ESCENA ULTIMA

LA MARQUESA. (*A su hija que cae anonadada en sus brazos*). Pero hija... qué dices... deliras...

LUISA. (*Asombrada*) ¡Alfonso!

D. AGUSTIN. (*Soltando rápidamente a Moisés que queda asustado*). Este... Tu hijo... Mi nieto?..

ALFONSO. Sí, padre... De tu sangre es y está hambriento... perdóname a mí y compadécete de él...

D. AGUSTIN. ¡Ah! Hijo maldito; apártate de mí y no destroces los últimos días de mi vida...

ALFONSO. (*Con humildad*). Padre... Compasión...

AGUSTIN. (*Avanzando con trabajo hacia èl*). Llévate al engendro de tu vicio que con cinismo inaudito aquí has traído para que manche las canas de tu padre y deshonre este hogar cristiano.

MOISES. *Abrazando o Alfonso con gran cariño*). Padre...

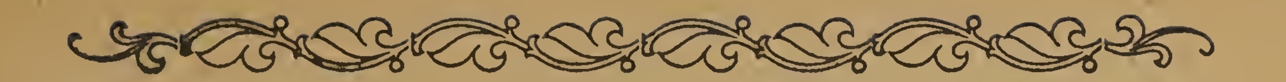
ALFONSO. No temas. Desde hoy no tratará nadíe de quitarte lo que comas, ya

tienes quien te defienda... (*A don Agustín*). Te he pedido perdón, te he implorado compasión, he llamado con voz contrita y humilde en tu alma de cristiano; y tú, lejos de oirme has despreciado como si te abrasara al que abrazabas con ternura fingida para que supieran tu caridad...

D. AGUSTIN. Avergüénzate de tu oprobio ante el mundo, hijo malvado.

ALFONSO. (*Con exaltación*). Qué me importa a mí del mundo y de su sociedad corrompida, si me proscribe y me condena porque arrebato de las garras de la miseria lo que a mí solo me pertenece... Si de eso pende mi honor, óyeme tú y que me oiga también el mundo entero; quiero más al hijo de mi sangre que a esa honra que me quitan.

Telón rápido.—Fin del acto segundo.



ACTO TERCERO

(La misma decoración que en el acto anterior).

ESCENA PRIMERA

EUGENIA Y LUISA

LUISA. Cuánto has madrugado Eugenia.

EUGENIA. He estado velando al niño hasta el amanecer. Por mi voluntad no me hubiera acostado pero Alfonso no lo consintió de ninguna manera; sin embargo no he pegado ojos; estaba temerosa de que Alfonso huyera con su hijo antes de despuntar el alba. No sabes el trabajo que me costó disuadirle de tal propósito...

LUISA. De modo que está dispuesto a abandonar todo por... por ese hospiciano.

EUGENIA Sí, por su hijo, no lo dudes; lo he visto firmemente decidido a no separarse de él por nada ni por nadie... ¿Por qué no subes a verlo, a darle un consuelo?.. eres su hermana, y es tan triste su situación...

LUISA. (*Sobresaltada*). ¡Oh!, Eugenia, no pienses siquiera en eso. Más triste es la situación de mi pobre padre que vé deshechas todas sus ilusio-

nes, truncados todos sus proyectos... y sobre todo, deshonrado su nombre. ¿Quién nos mirará a la cara después de este escándalo? En el Casino, en los Teatros, en las reuniones no se hablará de otra cosa, en todas partes será la comidilla del día... ¡Qué vergüenza, que vergüenza! y todo por él, por el hipócrita... No... no..., no quiero ni verlo...

EUGENIA. ¿Hipócrita porquc quiere a su hijo?... no te exaltes Luisa, pero no tienes derecho a dudar de ese cariño que puede ser tan sincero como el que a tí tu padre te profesa.

LUISA. Me ofendes... eres insoportable. Bien sabía yo que te pondrías de su parte.

EUGENIA. Tengo esa fatalidad: la de ponerme siempre de parte del débil. Ya ves, en este caso la elección no era dudosa. Por un lado vosotros; respetados, ricos, caritativos, especialmente para mí... y por el otro un hombre sin independencia, sin recursos propios, despreciado, y un niño débil y anémico que no tiene más armas de defensa que sus mejillas pálidas como la inocencia y una sonrisa candorosa de bondad...

LUISA. ¡Mira la sentimentalista ridícula! ¡No te falta más que hacer un pucherito! Cualquiera diría...

EUGENIA. Chiquilla te duele mucho que me trates así pero no me ofendo... eres tú quien me dice eso, casi mi hermana pequeña.

LUISA. Te dices mi hermana y no tienes inconveniente en mortificar a mi padre. Piensa lo que sería de tí, si hace muchos años él no te hubiera socorrido. (*En este instante aparece por la puerta de la izquierda Alfonso. Su rostro presenta vestigios de profunda preocupación. Al ver la actitud descompuesta de Luisa queda sorprendido*). Tal vez nos debas lo que más aprecia una mujer de bien..., La honra.

EUGENIA. ¡Oh! no es posible que digas eso.

ALFONSO. Luisa... hermana, no consiento que insultes a Eugenia.

LUISA. Sí, sí, la honra; lo que no se compensa en toda una vida de agradecimiento... solo tu puedes defender a esa desagradecida. (*Por su hermano*). Me voy; no quería verte... (*Sale por la derecha*).

ESCENA SEGUNDA

EUGENIA y ALFONSO

ALFONSO. Comprendo que te duelan esos insultos. ¡Son justos!

EUGENIA. Me duelen más que por injustos por ser Luisa quien me los dirije. Nunca lo hubiera creido...

ALFONSO. Perdónale.. yo te aseguro que no ha querido ofenderte. Si te ha insultado, seguramente que lo ha hecho influenciada por mi padre. Le habrá visto desesperarse y llorar... a ella ya le conoces. Es una chicuela caprichosa, inquieta, frívola, educada muy a la moderna, pro-

bablemente demasiado a la moderna...

EUGENIA. Tienes razón; esas palabras que ha pronunciado inconscientemente, no las ha podido sentir. ¿Dudar ella de mi? No, no, es un absurdo. En fin, ya pasó. Es preferible no acordarse más de ello.

ALFONSO. Gracias; cada vez comprendo más la grandeza de tu alma.

EUGENIA. Te agradezco la lisonja, pero... hablemos de lo que nos interesa ¿qué hace el niño? He conseguido que por fin pudiera conciliar el sueño. Preguntó por ti inquietado al no verte, le prometí que al despertar tu visita sería la primera y asi se ha tranquilizado.

CRIADA. (*Entràndo una tarjeta en una bandeja*). Señor...

ÁLFONSO. (*Tomando la tarjeta*). (*Asombrado*). Pero ¿es posible que sea Pepe? (*Al ver entrar a Pepe Ruiz*). Si; él es enviado por la providencia.

ESCENA TERCERA

DICHOS Y PEPE

PEPE. ¿Querido Alfonso?

ALFONSO. ¿Pepe?... (*Se abrazan con efusión*). Once años sin verte... que bien te conservas.

PEPE. No lo dices sinceramente: ¿Verdad?

ALFONSO. Hombre, no lo dudes.

PEPE. Pues mira; yo también voy a hablar claro. No estás mal eh, pero vamos, has envejecido un poco... (*Reparando en Eugenia que estará*

en pie y en disposición de salir). ¿Y esta señora?

ALFONSO. Señorita... ¡Ah, es verdad que no la conoces! vive con nosotros hace tiempo... es como una hermana...

PEPE. (*Acercándose a Eugenia y estrechándole la mano*). A los pies de usted.

EUGENIA. Tanto gusto...

ALFONSO, Siéntate Pepe. ¡Si supieras cuanto me alegra tu llegada! Tenemos que hablar mucho.

PEPE. Yo por mi parte te contaré cosas interesantísimas.. Es decir, cosas por las cuales antes te interesabas... ahora no se. Me he enterado que has cambiado mucho.

EUGENIA. (*A Pepe. Haciendo ademán de retirarse*). Con su permiso...

ALFONSO. (*Rápido*). De ninguna manera, Eugenia. Nuestra conversación seguramente que te interesará. Quédate. (*A Pepe*). Decías ¿Que he cambiado? Eso suponen, pero no lo creas. Soy el mismo con más criterio y más conciencia de mis actos... Por eso he morigerado mi vida.

EUGENIA. Es que el niño...

ALFONSO. Puedes estar tranquila. Duerme profundamente.

PEPE. ¿También tenéis algún niño?

Ciértamente. No es desconocido para tí... es mi hijo.

PEPE. (*Extrañado*). ¿Tu hijo? Yo no sabía tal cosa...

ALFONSO. Lo has olvidado. ¿Qué de particular tiene eso? Es tan cómodo olvidar, que los que llevan fama de se-

sudos y centrados, olvidan todo lo que a ellos atañe. Y no contentos con eso, se instituyen en jueces caprichosos e inflexibles de los actos del prójimo... Y precisamente por obra y gracia de sus víctimas, toda su reputación está basada en esa rígida inflexibilidad por la que han sido juzgadas. Una mala memoria, el gesto despectivo y la cara solemne, son los tres atributos indispensables para un hombre que quiere hacerse pasar por respetable y hasta por sabio... El resto corre de cuenta de la imbecilidad de los que le rodean.

PEPE. No entiendo qué quieres decirme. Yo francamente, no recuerdo...

ALFONSO. No recuerdas una huardilla semi desnuda, casi inhabitable, fría como la noche invernal... ¿Todavía no?

PEPE. Sigue... sigue, que parece que ahora empiezo...

ALFONSO. Y allí en el centro, sobre un camastro el cadáver de una mujer, lívido, extenuado por la fiebre incesante de días y meses...

PEPE. Basta Alfonso, basta. ¿Es que aquel niño que dejaste en el torno de la Inclusa?...

ALFONSO. Sí, es este.. El hijo de la muerta, mi hijo... las víctimas de mi cobardía... ¡Oh! qué triste historia la de los dos. Quiero que tú la conozcas Eugenia, quiero descargar mi conciencia ante tí, para que juzgues serenamente y veas que no es mía toda la culpa. Pepe con su

presencia atestiguará mis palabras.

EUGENIA. Estás demasiado excitado. Sería mejor que descansaras.

ALFONSO. Es preciso que hable. Sólamente tu bondad para mí y tu grandeza de alma, tienen derecho a conocerlo todo... Escucha: Un día, no se cuando, conocí a mi pobre muerta. Y fueron tan expresivas nuestras miradas, tan sinceras nuestras palabras, tan parecidas nuestras almas, que por un fenómeno incomprensible llegué a creer que nuestro cariño databa de antaño, que después de un viaje prolongado me encontraba frente a frente con un ser querido al que yo rememoraba vagamente en mis ensueños febriles de nostálgica añoranza... ¡Tal fué y tan rápida la mútua comprensión de nuestros corazones! (*Breve pausa*). Mi amor era noble y puro como las rubias guedejas que orlaban su tersa frente. Para la humilde obrerilla, que vivía mezquinamente del menguado jornal en que tasaban su honrado y pobre trabajo de mujer, fueron todas las delicadezas de mi primer amor... Viví ciego mucho tiempo, pero al fin me dí cuenta de que entre los dos alguien levantaba una barrera infranqueable que se oponía inexorablemente a la unión de nuestras vidas, que por siempre querían vivir juntas, como juntas vivían nuestras almas... Vano empeño, que si Dios une espiritualmente dos almas no hay leyes so-

ciales ni hombre que pueda oponerse a la vulgar unión de dos vidas. Y sin embargo se opusieron con tenacidad irritante; pero esa oposición en lugar de alejarnos fué el acicate que espoleó sañudamente mis moceriles impulsos, para que sembraran el deshonor fiados en esa absurda impunidad, que presta una pretendida desigualdad de clases... No, no... no fuí yo quien arrojó el baldón de la deshonra sobre ella... Fué el convencionalismo social que pesaba fatalmente sobre mí... la mentira artificiosa de los hombres que quiso poder más que la verdad de Dios. *(Queda sollozando)*.

EUGENIA. (*Emocionada*) Te llaman loco cuando has empezado a tener razón.

PEPE. Yo opino que después de tanto tiempo no debías haberte acordado... Todo se borra en esta vida... ¿Para qué queremos amargar el presente con el pasado?

ALFONSO. ¿Tú me dices eso? Ahora veo lo distintos que somos. Nuestro punto de partida fué el común a todos; la mocedad. Después cada cual tomamos nuestro rumbo, que bien distinto es.

PEPE. Yo siempre te aconsejé lo mismo... Quería evitarte todos estos disgustos.

ALFONSO. Siempre lo mismo... Es verdad...

PEPE. *(En disposición de salir)*. No puedes dudar por eso de mi antigua amistad. Me tienes a tu disposición para todo lo que necesites. ¡Ah, si

entendieras la vida como yo! Señorita: he tenido mucho gusto. Alfonso (*abrazándole amistosamente*). Soy el de antes.

ALFONSO. Gracias...

EUGENIA. Adiós. (*Sale Pepe por el foro*).

ALFONSO, ¡Qué desengaño! ¡Cómo y de qué distinta forma moldea a los hombres el tiempo! (*Avanzando lentamente hacia la izquierda*). Sólo tú, hermana mía, angel bueno... Sólo tú, estás conmigo.

EUGENIA. No desconfíes...

ALFONSO. (Es todo inútil. *Salen por la izquierda*).

ESCENA CUARTA

D. AGUSTIN y RAMON, que entran por la derecha inmediatamente después del mutis indicado al terminar la anterior escena- En el primero, se perciben huellas de cansancio y zozobra.

RAMON. (*Convencido de que no hay nadie en la estancia*). No, no hay nadie... puede Vd. pasar tranquilo.

D. AGUSTIN. Gracias a Dios. No quiero hablar con nadie; es preciso eludir toda clase de explicaciones que nada habían de resolver y que seguramente harían más acerbo mi dolor. (*Se sientan*).

RAMON. ¿De modo que no hay arreglo posible?

D. AGUSTIN. ¡Como ha de haberlo Ramón! La espiación del delincuente nunca termina... Para la Ley podrá borrarse el delito con la pena, pero para el honor no se borra ni aún con otra vida.

RAMON. ¡Demontre!... Esto significa que las

relaciones entre el General y usted...

D. AGUSTIN. Han terminado para siempre. Tengo noticias de la justa indignación que le produjo el engaño de mi hijo y tengo también el presentimiento de que pedirá una cumplida satisfacción para que la dignidad de su rango y el honor de su espada militar queden a salvo, Y caso de que el orgullo de Alfonso se niegue a darla, el duelo sería inevitable.

RAMON. ¡Un duelo! ¡Exponerse Alfonso en un duelo! ¡Canastos!... don Agustín que esto es muy serio, y además que si ese honorable mata Tagalos resulta como se desprende por las condecoraciones que ostenta un virtuoso de las armas lo mismo que maneja el sable manejará la espada, que la pistola... en fin que eso hay que evitarlo a toda costa.

D. AGUSTIN. (*Indignado*). No te tolero que hables así de persona tan respetable. Es necesario olvidar esas nimiedades pasadas a que aludes. El recordarlas en estas circunstancias sería rebajarnos a nosotros mismos.

RAMON. (*Miedoso*). Es que dos préstamos de diez mil pesetas que sumados hacen veinte mil en dos meses de relaciones...

D. AGUSTIN. (*Imperativo*). Te ordeno que no vuelvas a acordarte de ello. Cosas de mucha mayor transcendencia me tienen que preocupar..., ¿O es que tú quieres aumentar mi pena?

¿No ves lo mucho que padezco? ¿No te das cuenta de que al fin pierdo un hijo y con él la reputación de mi nombre?

RAMON. Bien lo se. ¡Quién pudiera aliviarle! (*Entra Luisa por la derecha*).

ESCENA QUINTA

Dichos y LUISA. (Unos momentos de silencio)

LUISA. Papá...

D. AGUSTIN. (*Sobresaltado*). ¡Ah!... ¿eres tú?

LUISA. ¿Por qué sigues tan triste? Yo no quiero verte así... !Tú que culpa tienes de nada! ¡Ya que pasó y lo pasado no tiene remedio, debes olvidarlo todo!...

D. AGUSTIN. Olvidar, hija mía; eso quiero.

LUISA. Y claro está que olvidar es perdonar...

D. AGUSTIN. No lo creas... ¡Perdonar! Eso a tí te parece fácil y sin embargo es un imposible; jamás me perdonarían a mí de tal flaqueza.

LUISA. ¿Qué nos importa de nadie?

D. AGUSTIN. Está bien, no insistas porque será inútil. Parece que todos tratáis de desesperarme (*Se levanta para salir). Ramón le imita*). No; quédate... dejarme solo... (*Mutis de D. Agustín por la derecha*).

RAMON. Pobre D. Agustín...

LUISA. Y pobre Alfonso que se va para siempre...

RAMON. Tu pobre padre es muy viejo.

LUISA. Mi pobre hermano, muy desgraciado.

RAMON. (*Un tanto amoscado*). Pero es joven

y sabrá desquitarse. ¡Dá tantas vueltas la vida!

LUISA. No tantas como V. que parece un perro faldero.

RAMON. Y tú una ineducada.

LUISA. Y usted, un mamarracho.

RAMON. Y tú, una... (*Queda suspenso al ver a Eugenia entrar por la izquierda*).

ESCENA SEXTA

Dichos y EUGENIA

EUGENIA. ¿Con que tenemos regaños? *(Luisa al ver a Eugenia se averguenza).*

RAMON. No ha pasado nada... una niñería... Que yo me compadecía de don Agustín y Luisita se compadecía de Alfonso.

LUISA. (*Llorosa y a hurtadillas*). No señor. .

RAMON. Ella se obstinaba en que era más desgraciado su hermano y yo en que era mayor la desgracia para su padre. Se nos picó el amor propio y... esto es todo. *(Eugenia ríe de muy buena gana).*

LUISA. Usted ha entendido mal, yo sostenía todo lo contrario.

RAMON. (*Estupefacto).* Atiza...

EUGENIA. Qué graciosa eres chiquilla... Siendo buena te avergüenzas de tu bondad... A tí te pasa lo que a los niños pequeños cuando alguien les pregunta si quieren más a su mamá o a su papá... que siempre contestan que quieren más al último que vieron llorar.

LUISA. (*Ya completamente avergonzada*). Eso es, lo que tu quieras... así es-

tarás contenta (*a Ramón*) y todo por usted que nunca dice lo que siente, so calculador; que tiene usted la cabeza como una pizarra de escuela, siempre llena de números (*Ramón se toca la cabeza haciendo un gesto cómico. Luisa sale por la derecha llorando mimosamente como los niños pequeños cuando no salen con la suya*).

EUGENIA. Graciosísimo... muy gracioso, cuidado que es de un carácter original...

RAMON. Demontre. ¿Usted también se ríe? Pues francamente, para mí tiene eso menos punta que la esfera armilar.

EUGENIA. Este incidente le caracteriza de cuerpo entero. Es una chiquilla completa... Una chiquilla.

ESCENA SEPTIMA

DICHOS Y GERARDO, por el foro

GERARDO. Con su licencia.

EUGENIA. Usted la tiene... ¡Ola! Supongo que vendrá a comunicarnos su triunfo electoral,.. para estas horas un candidato debe estar informado del probable resultado.

GERARDO. El triunfo es descontado, mi mayoría de partidarios es sencillamente aplastante.

RAMON. ¿Quién vá a dudar entre un prestigio tan bien cimentado?

EUGENIA. Y sobre todo que es un caso de sacrificio inconcebible.

RAMON. Un Conde que se despoja de su título para ingresar en un partido popular...

RAMON. ¿Que cuanto no le tendrá que agradecer con el tiempo? Porque usted hombre a la moderna desterrará seguramente el discurso y la proclama por ser medios arcaicos de convicción muy en consonancia con aquél desdichado periodo de locura romántica que pasó afortunadamente.

GERARDO. Pero bien; si yo he venido tan de par de mañana es por que...

EUGENIA. *(Cambiando de tono).* De modo que usted sabe ya.:.

GERARDO. Me choca mucho su extrañeza ¿Cree usted que para estas horas alguien ignora aunque solo sea la ruptura de relaciones de las dos familias? ¡Había dado lugar a tantos comentarios el proyectado enlace!

EUGENIA. Sería curioso saber quienes eran los comentaristas...

RAMON. No cabe duda que muchos de ellos eran gente de cordura y sensatez que se interesaban también por el desenlace que aunque previsto ha resultado original e inesperado. *(Alfonso aparece en escena por la izquierda)*. ¡Quién iba a creer que Alfonso en esas condiciones pudiese pretender a la hija de los Marqueses de Casa-Blanca con fundadas esperanzas!

ALFONSO. Dices bien Gerardo. En esta escala social los que están más altos ven más lejos las salpicaduras de la deshonra. Por eso consideran un absurdo que puedan llegar hasta ellos compenetrados de que la dis-

tancia y no su honradez es la que les aguarda... Mis ilusiones han sido vanas... mis proyectos mentira, pero dulces, confortadores, grandes como el crimen que reparaban... y después el despertar en una realidad tan triste, tan desolada, tan amarga...

RAMON. En la que vivo cuando estoy despierto y en la que sueño cuando duermo... En la única, ya os iréis convenciendo.

GERARDO. Tranquilízate, no te pongas así...

EUGENIA. Espera confiado. Ni siquiera ha tenido tiempo Aurora para reponerse de la primera impresión.

ALFONSO. No pretendas engañarme de nuevo... Que son mucho más tristes las ilusiones mentidas que la desnudez de la verdad.

EUGENIA. ¿Y si por fin tuviera yo razón?

GERARDO. Es preciso no conocer a esa gente para pensar como usted piensa señorita. (*A Alfonso*). Desde el primer día te digo lo mismo.

ALFONSO. Sí, sí, debo marcharme cuanto antes con mi hijo... ya nada puedo esperar.

CRIADA. (*Trae una carta en una bandeja*). El criado de los marqueses ha traído esta carta urgente para el señorito Alfonso.

ALFONSO. ¿Una carta?.. ¿Será de ella?.. (*tomándola con emoción*) no... no es su letra, no podía ser (*rasga el sobre y lee con avidez. Sale la criada después de haber leído*). El general me dá una cita instándome desde luego a que con una pública repara-

ción ponga dique a los comentarios de la gente y quede a salvo su honor comprometido... Lo esperaba...

RAMON. Y yo también.

ALFONSO. Me pide un imposible... eso no puedo hacer. Si es preciso aceptaré el duelo que en otro caso me propone...

EUGENIA. ¡Alfonso! ¿Aceptar un duelo? ¡Bien se vé lo que piensas en tu hijo...

GERARDO. ¿Qué remedio le queda?

ALFONSO. (*Lucha un instante consigo mismo*). Me tacharían de cobarde y todo menos eso... Vamos a concertarlo enseguida. Esperan mi contestación. Engenia tranquiliza al niño... No tardaremos mucho...

GERARDO. No pasen cuidado. ¿Qué le vamos a hacer? Es necesario. *(Salen)*.

EUGENIA. (*Llamándole y tratando de contenerle*). Alfonso... Alfonso... ¿pero es posible? *(Desengañada)*. ¿Y ese era tu ideal... esa tu rebeldía..? Todavía manda también en tí el amor propio! Qué pronto te das por vencido!

RAMON. ¿Una reparación para su honorabilidad lesionada? Otro préstamo de diez mil pesetas ¡Qué duda cabe! Hay si todo se pudiera decir... *(Mutis de Ramón por la derecha)*.

ESCENA OCTAVA

(EUGENIA conteniendo a duras penas el llanto y MOISES que con miedo más que con cautela entra por la izquierda)

MOISES. Hice mal en moverme del cuarto

de D. Alfonso pero estaba solo y...

EUGENIA. ¡Oh!... Moisés, me alegro de que hayas venido.

MOISÉS. Se alegra usted y llora...

EUGENIA. ¡Qué cosas dices!... ¿Por qué he de llorar?...

MOISÉS. No lo se... pero yo debo tener la culpa. D. Alfonsó también ha llorado...

EUGENIA. (*Tratando de convencerle*). No hagas caso... ¡Llorar! Valiente tontería..... Ahora que estamos tan contentos todos... (*Llamándole*). Ven aquí; pon esa cara mas risueña. (*Va moisés hasta ella*). Te voy a aliñar esos cabellos..... Es una lástima que un niño guapo por cuatro pelos alborotados parezca feo..... (*Aseándole*). Así... así... ¡Vaya si estás bien! (*Abrazándole*). Te voy a preguntar una cosa. Oye... ¿Le quieres mucho a D. Alfonso?

MOISÉS. Desde que lo conocí, es tan bueno....

EUGENIA. Pues quiérele desde ahora más, mucho más.... como quieren los hijos a sus padres.

MOISÉS. Sí Señora.....

EUGENIA. ¿Te acuerdas de las visitas que te hacía, cuando estuviste tan enfermo con aquéllas fiebres malas?

MOISES. ¿V. lo sabe?

EUGENIA. Sí; él me ha contado. No te puedes imaginar lo que sufrió. Cuando el calor de la fiebre te hacía perder la razón suspirabas locamente por tu madre que no habías conocido, y no te acordabas de él que te cuidaba con solicitud, que no podía vivir sin tu cariño...

MOISES. No me reproche usted. ¡Qué sabía lo que decía!

EUGENIA. No te reprocho Moisés... Todos, hasta los animales se acuerdan de su madre cuando el peligro les amenaza y corren a guarecerse en ella que nunca les escatima sus caricias. Por eso el nombre de madre se escapa de muy dentro sin que nadie pueda contenerlo... (*Aurora modestamente vestida aparece en escena por el fondo*).

ESCENA NOVENA

DICHOS Y AURORA

AURORA. Eugenia...

EUGENIA. ¡Oh... usted!

AURORA. Sí. Yo que quiero evitar a toda costa una desgracia inminente que nos amenaza. ¿No sabe usted?..

EUGENIA. Alfonso salió precipitadamente de casa para hablar con su padre. Me figuro que usted se refiere a eso...

AURORA. Ciertamente. Mi padre se obstina en que sólamente un duelo puede satisfacer la ofensa inferida y ni mis ruegos ni mis súplicas han bastado para disuadirle.

EUGENIA. ¡Ofensa inferida! Qué ingratos somos con el destino! Cuando la fortuna nos depara la ocasión de poder hacer el bien, la rehuímos avergonzados y ofendidos como si la altivez nos ennobleciera más y fuera superior a todos los afectos y virtudes.

AURORA. Es posible que tenga usted razón.

EUGENIA. Sí, la tengo.. no lo ponga en duda... Y ahora desnudemos aquí nuestras conciencias sin falsos pudores, hablemos como hablan dos mujeres; revelándose sus más íntimos secretos...

AURORA. ¿Qué desea usted de mí? Yo, si dí éste paso, fué movida por un buen impulso.

EUGENIA. Lo que deseo de V. es que no retroceda, que siga adelante.... El honor susceptible de un hombre ha sido herido.... El conflicto se avecina...., Solo el amor de una mujer puede contenerlo, porque es el único que sabe curar esas heridas....

AURORA. No puedo hacer eso Eugenia.... es superior a mis fuerzas. ¡Qué dirían los que me conocen!

EUGENIA. Sobrepóngase V. y no permita que la crueldad de todos se aproveche de su cobardía para arrancar de su corazón los afectos más hondos.... (*Aurora que ha pretendido demostrar serenidad empieza a emocionarse. El Hospiciano que desde el principio de la escena habrá dado muestras de inquietud llora amargamente*).

MOISES. Yo soy el culpable de todo... Debía haberme marchado *(A Aurora)* Tranquilícese V... no me guarde rencor. *(Aurora le mira confusa).*

EUGENIA. No te aflijas niño mío... ¡Guardarte a tí rencor! ¿Por qué? ¿Porque te ha maltratado la vida desde que naciste? Eres bueno como un án-

gel, pero si no lo fueras, ningún hombre tendría derecho a pedir cuenta de tus actos!.. Qué debes a nadie! A tu padre su cobardía... a los demás hombres... nada. Ni siquiera los mendrugos de pan que tan pobremente te han alimentado; porque para conseguirlo has tenido que luchar brutalmente, con las desgraciadas lacras que el vicio y el crimen dejan en su camino... ¡Pobres hijos de todos! A nadie importa vuestra condición... seguid confundidos, que buenos o malos, inocentes o perversos, uno solo será vuestro fin; servir de gloriosos trofeos a una solapada y engañosa caridad. (*Este párrafo lo habrá declamado Eugenia enérgicamente).*

MOISES. ¿Qué hacer si no llorar? No puedo contenerme..

EUGENIA. Sí, sí, llora... llora, que el llanto de los buenos, es la maldición de los malos.... (*A Aurora*). Y usted ¿Por qué lucha todavía? ¿Por qué no liberta ese corazón noble, que anhela volar alto, de las pesadas cadenas que aprisionan su cerebro? *(Aurora quiere disculparse y vacila. Eugenia declamará lo que sigue en tono persuasivo y con gran ternura).* Hágalo usted Aurora..: sin pensar como se hacen las buenas obras... (*Suplicante*). Por las lágrimas de este niño... Por el amor de Alfonso... Por el de usted si es que todavía le ama...

AURORA. (*Lucha desesperadamente pero al fin confiesa vencida*). Sí... (*Se tapa el

rostro con ambas manos como avergonzada y queriendo darse así misma una explicación de su conducta dice) Después de todo mujer y madre es lo mismo.

EUGENIA. (*Con gran satisfacción*). Gracias... gracias... desde hoy, su escudo de armas tendrá una nueva divisa. (*A Moisés*). Moisés, abrázale...

MOISÉS ¡Oh que suerte, que felicidad, V.... mi madre!... (*Se abrazan con gran efusiòn*).

EUGENIA. Tu madre y tu redentora... (*En este patètico instante, llega Alfonso por el foro. Al ver a Aurora abrazada al hospiciano, su asombro es indescriptible*).

ESCENA DECIMA Y ULTIMA

DICHOS Y ALFONSO, (y después según el orden de salida que se marque GERARDO Y RAMON.

ALFONSO. ¿Pero es posible, que tú me perdones Aurora? ¿Todavía me quieres?...

AURORA. Sí Alfonso... Después de oir a Eugenia no puedo resistirme, no puedo mentir, no debo destrozar tanta felicidad.

ALFONSO. (*Dirigiéndose a ella*). ¡Aurora! (*Como hacièndose cargos*). ¿Por qué he dudado de tí? Perdóname... temí que mi valor fuera puesto en entredicho, no se como he aceptado un duelo.

AURORA. Olvidemos todo el pasado... Los viejos sin energías para luchar sin estímulos poderosos seguirán siem-

pre aferrados a lo que fué su educación, a lo que ha sido después su vida....

ALFONSO. Sí; olvidemos y huyamos, pobres y humildes, donde nadie nos conozca; a trabajar para hacernos ricos y nobles de nuevo... a vivir sin trabas ni convencionalismos, solo con nuestro amor, que es santo, porque es amor de redención... *(breve pausa)*

EUGENIA. Id... id... sed felices...

ALFONSO. ¿Y tú, querida hermana, angel bueno... que tanto te debemos?

EUGENIA. Yo aquí... sin separarme nunca de tu hermana y de tu padre... velando por ellos como por tí he velado, trabajando para que nada les falte... contenta, feliz, redimida... que el sacrificio también redime... (*Gerardo entra por el foro alborozado*)

GERARDO. Albricias... amigos... albricias... ha triunfado mi acta y con ella la libertad... *(Al darse cuenta de lo que ha sucedido queda suspenso).*

ALFONSO. ¡Libertad! ¡Qué palabra tan falseada! En esta casa es donde ha triunfado la verdadera libertad y la verdadera democracia; la que reside en el sentimiento y no en la idea, la que no prejuzga y divide a las personas, la que no puede tener enemigos porque su lema es el bien por el bien mismo... (*Alfonso vuelve con Aurora y el niño debiendo formar un grupo a gusto de los actores pero que revele las emo-*

ciones que les dominan) (*Entra Ramón por la derecha*).

RAMON. *(Asombradísimo)*, ¿Qué es esto?... ¿Pero qué veo?...

EUGENIA. La realidad, la vida que cuando está iluminada por un rayo de amor deja de ser pasión, interés y conveniencia para convertirse en abnegación... altruismo... sacrificio.

Telón.




3 0112 098526905